

Vértigo planetario, confusión global

Rolando Cordera Campos

El síntoma fundamental de nuestro tiempo es la aceleración, el imperio de lo efímero, el reino de la inmediatez. Esto se debe en gran medida a los medios masivos de comunicación que han provocado una vertiginosa movilidad informática, económica y política. Rolando Cordera examina Paret el mundo que me quiero enterar de Antonio Navalón, libro fundamental para comprender el ámbito contemporáneo a partir de estos paradigmas históricos inéditos.

Si algo ha caracterizado a esta fase de la globalización del mundo es la pérdida progresiva de todo referente histórico, la implantación de un “presente continuo” que justificaría un *statu quo* global, pero no por ello menos polarizado y desigual. Con la explosión de las comunicaciones también a escala global, se ha buscado igualmente una adopción resignada de los paradigmas ordenadores, que son vistos y presentados como normas de alcance y obediencia universal.

El neoliberalismo se constituyó en un código eficaz sustentado en principios unidimensionales que responderían a una racionalidad única que se validaría en la

obtención de ganancias prontas y máximas. Sin importar los efectos perniciosos sobre las comunidades o el medio ambiente, se exaltaron las ventajas de los mercados (“eficientes”, omniabarcantes y sin regulación alguna), se implantó la competitividad, como criterio maestro del desempeño de las naciones y sus Estados, y por esa vía se buscó justificar las desregulaciones laborales de todo tipo y la reducción del papel de los Estados Nacionales a su mínima expresión.

Como toda religión, el globalismo resultante del despliegue planetario del dogma neoliberal no parecía dispuesto a admitir competencia doctrinaria, y postula co-

mo verdad y camino único al mercado como fin de la Historia, como estación de llegada de las sociedades, en una comunidad mercantil unificada que no podía sino dar lugar a un régimen político también único: la democracia representativa y acotada en cuanto a sus capacidades para propiciar intervenciones políticas en la economía. Todo parecía ir bien, hasta que explotó estrepitosamente como fruto de la “implosión” del sistema financiero americano cuyo despliegue era visto hasta hace poco como ineluctable. De esto y algo más nos habla en apretados relatos *Paren el mundo que me quiero enterar*, (Editorial Debate) de Antonio Navalón.

Dividido en tres partes, el libro nos ofrece una lectura personal de sucesos históricos que definen o condicionan la época moderna (desde la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días). Navalón, Premio Nacional de Periodismo 2008, promotor cultural y empresario, ha hecho de la observación su mejor herramienta y aliada para poder comprender los hechos históricos.

En la primera parte de su texto, presenta una interpretación histórica. Asegura que más allá de pretender hacer un estudio académico o un análisis pormenorizado, busca descubrir una nueva lectura que permita descubrir las causas que rigen al mundo actual.

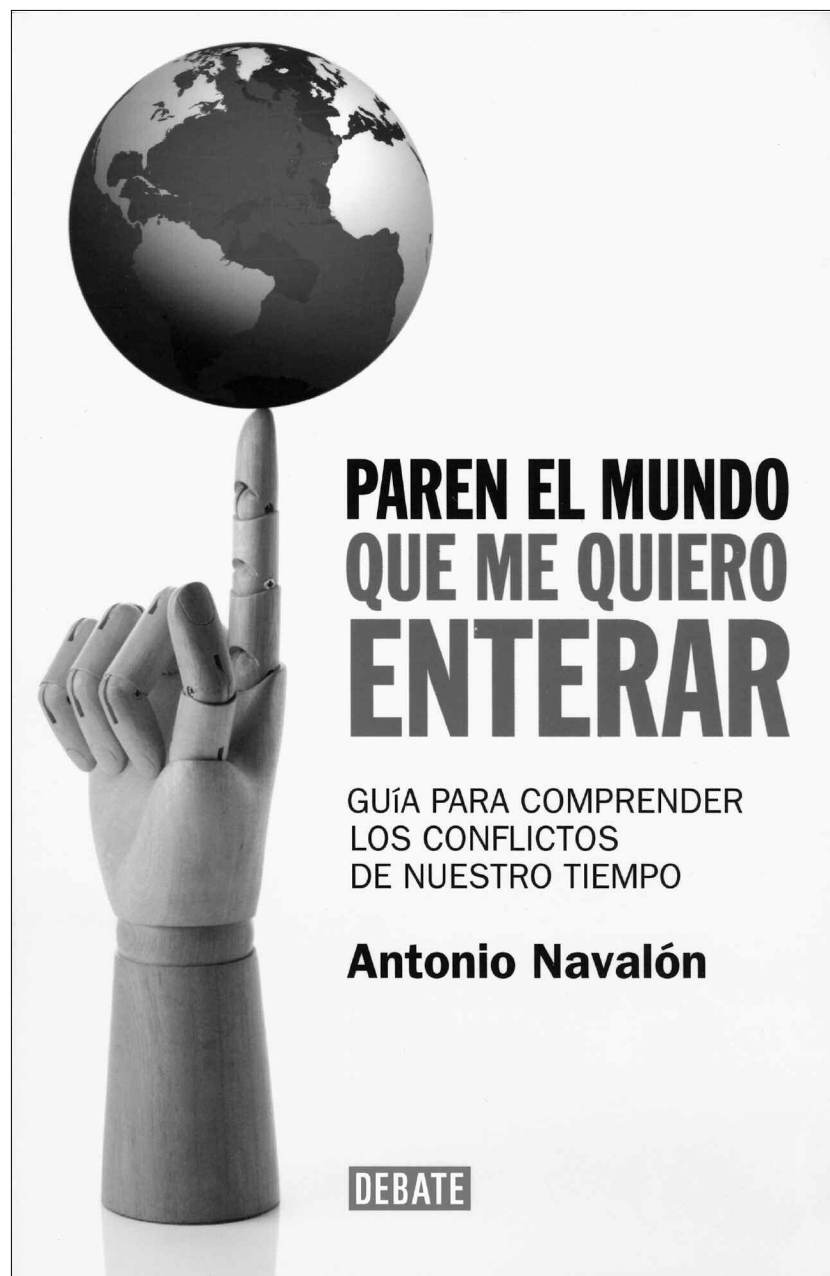
Por ello se hace hincapié en las consecuencias del Tratado de Versalles y su ingenuo reparto del mundo. Por ello se estudian las dos guerras mundiales como lo que realmente fueron: una sola. Y por ello se destaca no tanto el enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS y la lógica de la guerra fría como los múltiples conflictos que este enfrentamiento enmascaró y que hoy parecieran haber surgido de la nada.

Así, en el capítulo primero, “¿Qué pasó en el siglo XX que no supimos ver?”, es posible encontrar mediante el camino seguido por la sociedad humana, los errores y horrores derivados de visiones cortas: en el principio fue la guerra; Berlín 1945; Estados Unidos nunca fue un imperio, la URSS no pudo serlo; la guerra de Corea; el fin de los imperios coloniales y la guerra de Vietnam; los movimientos del 68; Latinoamérica y la guerra fría; el fin del sueño económico y la llegada de los ayatolás al poder; la revolución conservadora; los estertores del comunismo: de solidaridad a Gorbachov; la guerra del Golfo; Afganistán como paradigma; lecciones del 11 de septiembre; el jeroglífico iraquí.

“Un primer pasado al que nos podemos trasladar para hallar explicación al presente, dice Navalón, es la Primera Guerra Mundial. François Furet, en *El pasado de una ilusión*, afirma que fue entonces cuando nacieron los pilares del mundo moderno. De las trincheras de Verdún, el gas mostaza y la metralleta surgió un alucinante ‘mundo nuevo’” (p. 23).

En la segunda parte (“De Oriente a Occidente: la vuelta al mundo en trece episodios”) nuestro autor hace una crónica personal derivada de su actividad profesional, gracias a la cual ha recorrido los cinco continentes como un “curioso impertinente”. Se trata de pequeños mosaicos, instantáneas, acertadas minimalias, que dan cuenta de transformaciones locales pero con innegables repercusiones globales. Así, con el autor vamos a Japón, Corea, China, India, Pakistán, Israel, Líbano, Egipto, Rusia, Europa, Estados Unidos y América Latina; un viaje ilustrador que también puede verse como trayecto ominoso portador de señales de alerta, desajustes que no han sido atendidos ni leídos en clave sustentable.

Y ya en la tercera parte que titula “Cuando el destino nos alcance”, el también profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional busca explicar(se) la crisis actual acercándose a la realidad mundial como una extensa red en la que todo está imbricado. Su crónica de la crisis lo lleva a trazar la



historia de una burbuja (financiera); pero también abre el campo o la arena para plantearse la provocadora dialéctica de la mundialización posible contra la globalización implantada; el fin de la hegemonía norteamericana; la numeralia de la crisis y sus otras caras conforman un esfuerzo por recapitular el momento actual caracterizado por esta primera crisis global y los intentos por parchar, una vez más, los baches del accidentado camino de la sociedad planetaria.

“Una regla de oro de la economía mundial dice que nunca hay que poner dinero bueno sobre el malo. Ésta es la característica más grave de la crisis actual: no se debe a ciertos excesos amparados por otros sino a un conjunto de acciones que, al grito de ‘¡consumo!’, ha terminado por destruir la estructura ortodoxa del sistema económico. La conversión de sociedades de producción en sociedades de consumo es un caballo que galopa desbocado por una senda que, lejos de frenarlo, le incita a ganar una competencia que no tiene meta” (p. 234).

Por su arquitectura e intenciones, es posible hacer varias lecturas de *Paren el mundo...* Aquí, me detengo a anotar uno de los temas que, en mi opinión, resulta central. Visto en el contexto de los vuelcos globales, llama la atención el paralelismo temporal entre el ascenso del neoliberalismo (reacción ideológica contra los Estados de Bienestar cuyos inicios hay que rastrearlos en los años posteriores a la Segunda Guerra) y la progresiva pérdida de presencia del pensamiento de izquierda. Si, como describe Navalón, por una parte, “la función social de la izquierda, entendida como la oferta de conquista de nuevos derechos, se colapsó con la crisis del petróleo y entró en retroceso su penetración social. Frente a este inmovilismo se presentó un proyecto nuevo, agresivo y con un programa claro, representado en Estados Unidos por Ronald Reagan y en Inglaterra por Margaret Thatcher. Ni Thatcher ni Reagan llegaron al poder como una reivindicación clara de los valores tradicionales de la derecha, sino como heraldos de una formulación y un programa nuevos. Se trataba de un contrasentido: una *revolución* pero conservadora” (p. 89).

“Con Reagan y Thatcher terminó la ficción de los Estados solidarios y sociales. Se caracterizaron por el mismo mensaje: ‘somos grandes países’; basta de sacrificar el desarrollo en busca de una falsa solidaridad social, es legítimo usar la violencia para defender lo que pensamos, y tenemos un problema: el ‘imperio del mal’ nos está torpedeando dentro y fuera, es necesario enfrentarlo y no regirlo” (p. 91).

Y, por otra “en el bloque comunista surgía la primera grieta estructural del edificio comunista: el sindicato polaco Solidaridad. A diferencia de la construcción del Muro de Berlín, un acto de debilidad pero al mismo tiempo de reafirmación comunista, el sindicato polaco era el primer movimiento disidente que triunfaba” (p. 93).

¿Cómo podemos entender (qué condiciones facilitaron) que la ideología de los Hayek, Fukuyama y Huntington —entre otros— haya podido ganar sustento?; ¿cómo es que la ortodoxia neoliberal pudo arrebatar a gobiernos y sociedades la potestad de tomar decisiones?; ¿por qué el pensamiento de izquierda se ha quedado marginado?

Y, por otro lado, ¿es posible, en medio de las complejidades de la sociedad planetaria, imaginar un mundo más justo?; ¿puede el pensamiento de izquierda ocupar nuevamente espacios públicos?; ¿qué se requiere para construir una crítica radical del *statu quo* incluso a sabiendas de que se trata de una aventura impopular, en medio de una despolitización y desilusión generalizadas?

Los costos de éstas y otras confusiones, de la aceptación acrítica de unos postulados y recetas de dudosa consistencia, de la desmemoria y el desprecio por el pensamiento histórico, así como de los muchos extravíos ideológicos de que está plagada la saga del siglo XX, están a la vista, y de ello da buena cuenta la panorámica que nos presenta Navalón.

El nuestro es un planeta cruzado por profundísimas asimetrías, con nuevos y viejos riesgos de todo tipo; con sociedades cada vez más complejas, extremadamente desiguales y polarizadas. Como comunidad planetaria posible, apenas vislumbrada en estos años iniciales del cambio mundial, requerimos elaborar un proyecto de progreso que, como uno de sus ejes, plantee estrategias viables para enfrentar y revertir las profundas desigualdades y diferencias que cruzan al mundo y a las naciones.

La crisis da cuenta de este inventario de agravios a la razón histórica con cargo a la razón instrumental, pero también nos habla de unas posibilidades, unos márgenes, que aunque hoy reducidos permiten imaginar una ruptura de reglas y paradigmas que al final no parecían tener más fin que cobijar intereses poderosos pero circunscritos, privados, hoy abiertamente enfrentados a cualquier noción que quiera escogerse de interés público o nacional. Para recuperar algún tipo de balance entre estos intereses, habrá que buscar y abrazar nuevamente el principio de la igualdad como orientación central para lograr inscripciones productivas.

Sin adaptaciones imaginativas e idiosincrásicas de los postulados globales, los Estados y las sociedades seguirán sin poder modular los cambios y encarar las dislocaciones generadas en estos años de confusión y mudanza. *Paren el mundo...* constituye una atractiva introducción para la construcción y trazo de un mapa sin el cual el entendimiento del mundo, no digamos su modulación progresiva, será siempre un horizonte que se aleja. Bien facturada, la guía de Navalón nos entera y nos divierte. Nada fácil combinatoria en estos lares. **■**